

DEL HOMBRE DOMESTICADO AL HOMBRE VIVO

Acabo de dar una conferencia en Algeciras. Un grupo activo, la Agrupación de Cultura y Arte, intenta tenazmente crear un clima de inquietud humana en aquella zona del Campo de Gibraltar. Sólo Algeciras tiene 100.000 habitantes en la actualidad, pero con un nivel económico y cultural que todavía es demasiado bajo. Por eso quiere esta Agrupación hacer algo por crear en arte y cultura una mayor «concienciación».

Mi tema fue la familia actual, la revolución familiar que todo el mundo está viviendo, y también en nuestro país, en la España de las llamadas tradiciones familiares. Por mucha tradición que gravite sobre nuestros hombros, el mundo actual se encuentra en tan fuerte y acelerado cambio, que su impronta va marcando una definitiva huella en las cosas que parecían más sólidas y estables o que decíamos que lo eran.

Es verdad que el impacto que este mundo actual, tan distinto del anterior, produce en nuestras instituciones y costumbres tradicionales no es visto con claridad y suficiente profundidad. Pero no por eso deja de existir, y está haciendo su decisiva labor.

Y lo mismo que en la familia, pasa en otros campos y elementos de nuestra sociedad moderna.

Sin embargo, yo —como otros— me pregunto sobre todo ello, y me preocupa ver los síntomas de superficialidad que muchos de estos cambios producen. No calan hondamente ni son asumidos con una fuerte y personal convicción, ni dirigidos por un criterio hecho por la propia persona.

Cosa rara en un país que dice ser cristiano, porque el cristianismo trajo históricamente la vivencia de lo personal. Hasta llegar él, todas las religiones históricas eran mágicas o semimágicas, pero con la arribada de Jesucristo hubo un corte en la Historia. En ella irrumpió el sentido de lo personal. La religión no fue oración automática, sino diálogo personal; el culto no era ceremonia mágica, sino intimidad. Eso fue el Evangelio, el cual exigió el respeto a todo hombre, como pide San Pedro, o la ausencia de discriminación económica, como solicita el apóstol Santiago (Carta de Santiago II, 2-9). «Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas —dice San Pedro—, sino que, en cualquier nación, el que le respeta y practica la justicia le es grato» (Hechos de los Apóstoles X, 34). Lo que tenemos que hacer es «respetar a todo hombre» (Primera carta de San Pedro, II, 17).

Si nosotros estamos llenos de durezas sectarias de grupo o de abandonos del débil en cultura, economía o convivencia y participación social, no somos cristianos. Si somos defensores del privilegio para el fuerte y el poderoso, no somos seguidores del Evangelio.

Y si nos dejamos arrastrar por la moda, el mimetismo ingenuo o la impresión de los medios de comunicación social, el cine, los libros, los periódicos y las publicaciones sin un criterio personal, somos muy poca cosa, y el cristianismo (aparte de las creencias religiosas individuales) no ha entrado entre nosotros como un clima personal en nuestro modo de ser ante la sociedad moderna.

Yo creo que somos —por ser tan poco personales— muy poco cristianos. Porque la personalidad no consiste en los vicios sociales extremos del individualismo antiooperador, donde está ausente la inquietud por la sociedad, ni, por el contrario, en la masificación de criterios, actitudes y costumbres nuevos.

Soy un decidido partidario de la renovación en todo, del cambio radical de nuestra mentalidad y hábitos sociales o individuales, pero decididos personalmente, asumidos por nuestra propia razón, y no inducidos por quien es más poderoso o de más influencia que nosotros.

No soy ningún sociólogo, pero observando aquí y allá veo que las publicaciones que más se venden son las intrascendentes, las que carecen de savia. Unas, porque son una evasión hacia un mundo ficticio de princesas o «vedettes» y seudohéroos o seudocampeones sin trascendencia humana; otras, porque descargan nuestra tensión catárticamente con sus chistes y bromas, para alcanzar así una situación de «panem et circenses», de alimento evasivista y risa descargadora de inquietudes, suministrado por la sociedad moderna que vivimos y que deja psicológicamente tranquilo. Esta es la tónica social que creo ver siempre a mi alrededor. Y es la que tendríamos que meditar para rectificarla, sin dejarnos llevar por la cómoda pendiente del que evita pensar y comprometerse con una vida más profunda y de mayores consecuencias en la sociedad.

Nuestra masa está internamente impulsada por móviles egocéntricos y materiales a corto plazo. Todo lo que suena a por-

venir lo centra en sí mismo y no suele mirar ni más allá ni alrededor suyo, saliéndose —como debería— del círculo individualista. En nosotros hay muy poco espíritu social; sólo cuenta la seguridad un poco neurótica que nos resguarde, en nuestras vidas individuales o sociales, de cualquier eventualidad que suponga un riesgo. Los hombres de ahora somos demasiado conformistas, a pesar de la superficial contestación que se hace en el mundo actual, y cuando protestamos queda todo en una especie de masivo chismorreo sin hondura y egocéntricamente vivido. Y eso que me parece estar tan marcado entre nosotros, en buena parte es también tónica de nuestro mundo de seudo-civilización: los hombres de hoy estamos domesticados, pero no educados. Por eso, de vez en cuando brota la agresividad interna que todos tenemos represada dentro sin canalizar por cauces sociales y constructivos hacia un hombre y una sociedad nuevos, y esta agresividad ficticiamente reprimida surge salvajemente en guerras, violencias y crueldades dentro del mundo actual. Síntomas claros de que el hombre no está educado, sino sólo falsamente domesticado. El hombre domesticado no es hombre, sino muñeco peligroso que un día reacciona violentamente, sin por eso alcanzar consecuencias sociales positivas.

En nuestro mundo moderno no hemos conseguido educar, hacer hombres conscientes que tengan un criterio personal ante la vida y la sociedad.

Por eso la salvación puede venir únicamente de una reconsideración clara y consciente de todo esto, haciendo un alto en el camino por el que nos lleva el mundo actual. Y esta reconsideración y su posterior impulso reestructurador de la sociedad del futuro vendrán de pequeños núcleos de personas (de verdaderas personas) que mutuamente se animen a desarrollar y seguir esa «llama de amor viva» de que habló nuestro inteligente San Juan de la Cruz. Sin ese impulso que hemos de fomentar conscientemente entre nosotros, con pequeños núcleos como esa Agrupación de Cultura y Arte de Algeciras, seguiremos siendo nada más que seres humanos domesticados y sin personalidad, porque el mundo moderno así nos está haciendo.

La perspectiva del mundo con su contaminación suicida, su agresividad mal dirigida, su materialismo de corto alcance es pesimista para quien la mire objetivamente. Pero hay algunos que no nos resignamos a vivir dentro de esta compulsión colectiva de carácter neurótico en que se encuentra esta Humanidad seudoavanzada nuestra, y queremos compartir esa inquietud con otras personas que aviven también dentro de sí mismos el impulso constructivo, positivo y humano que haga despegar al hombre de este engaño de aparente modernidad en que se encuentra aherrojado.

Y esta «llama» interna, cuanto más miro menos la encuentro detrás de los marchamos, carteles o denominaciones exteriores. Empezamos a darnos cuenta que el que fue influido por el cristianismo no es el que sigue a la masa de romeros de una religión exterior, sino el que vive esa «llama» y se alimenta de ella para la vida, le dé el nombre que sea y la explique como la explique.

Lo importante es sentir la inquietud de ese impulso y reanimarlo, porque a veces parece casi apagado en nosotros. Y para eso es necesario el contacto humano personal, la comprensión mutua, el animarse hacia adelante allí donde todo parezca definitivamente perdido. Hay que hacer un esfuerzo, porque sin él, ¿merece la pena vivir?

Lo de menos es si somos pocos o muchos, si fracasamos o no a corto plazo; lo decisivo es que no se apague la llama y que esa llama vaya haciendo mella —mayor o menor— en todo lo que entre en contacto con nosotros, porque sólo de esa llama brotará un cambio eficaz, si no el cambio será superficial y aparente en nuestra sociedad mundial y volveremos al círculo de hierro sin liberación humana.

¿Nos damos cuenta de que tenemos necesidad de pasar en nuestro mundo actual del hombre domesticado al hombre vivo?

Sin «tener confianza en lo que hay de mejor en el hombre» (Monseñor Riobé), sin desarrollarlo interna y externamente, yendo codo con codo con todo hombre que pretenda eso mismo sin discriminación de creencias, de sexos ni de razas, nunca conseguiremos algo decisivo para el hombre y la sociedad futuros en el mundo actual. Nuestra familia, nuestra región, nuestro país y nuestra humanidad, de ello dependen.

En el artículo anterior, «¿Revolución copernicana?», se desmintió una errata que el buen sentido del lector habrá corregido: donde decía «no podemos volver a una nueva democracia que sea democrática», debía decir: «no podemos volver a una nueva teocracia...».

MIRETT MAGDALENA